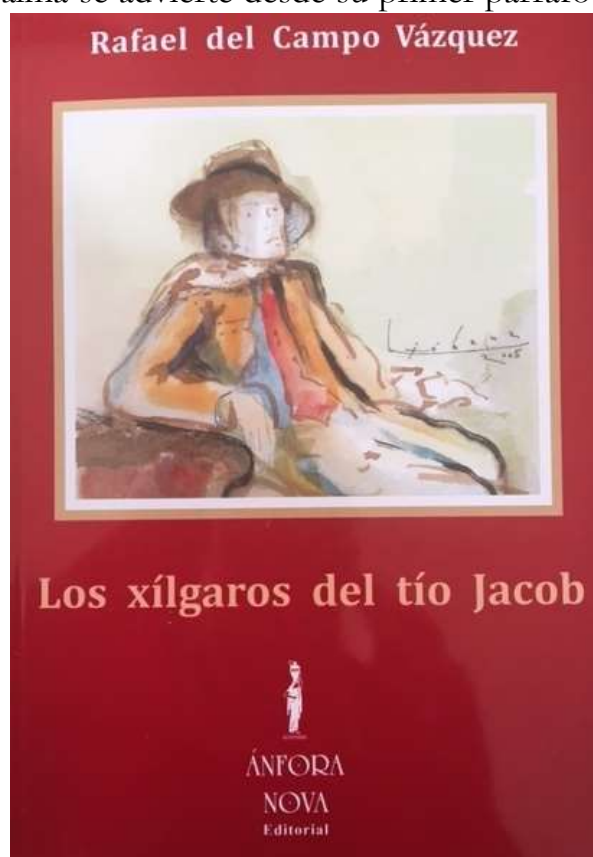


RAFAEL DEL CAMPO VÁZQUEZ, BUEN NARRADOR

Antonio Moreno Ayora

Cuando un libro está bien escrito y tiene alma se advierte desde su primer párrafo con júbilo, que es lo que nos sobrecoge en este conjunto de quince relatos cuyo primer título - que lo presta también al general del libro- es *Los xílgaros del tío Jacob*, cuyo autor Rafael del Campo Vázquez ya tenía publicados otro libro más de este tipo y las dos novelas *Los veranos del tío Pacomio* y *Los cuadernos de Amadora Sánchez y otros retales*. En esta de última obra de 2017 (que le edita Ánfora Nova en su prestigiosa Serie Narrativa) ha aquilatado y perfeccionado su estilo anterior, que desde ese citado relato inicial (atento a una bella contradanza entre la ambientación cordobesa y la cultura gallega del protagonista, recogiendo incluso particularidades de aquella lengua) va a sobresalir por varios detalles que luego iremos observando que se repiten prácticamente en todos los posteriores. Uno es que la ambientación de los mismos se nutre del reflejo atento de la ciudad de Córdoba -en algún momento llega a hablar críticamente de la “aburrida y casi plana sociedad cordobesa”-, ante la que se muestra siempre respetuoso y con franca admiración. El otro nace del hecho de centrar casi invariablemente sus argumentos en el diverso mundo de la tauromaquia, como sin duda atestiguan cuentos tan claramente representativos como “El monosabio”, que delata ese inconfundible conocimiento del mundo del toro, o “El viejo aficionado”, en el que tantos lugares y personajes cordobeses concurren, o “Los tres picadores”, condensado en un breve texto de dos páginas pero volcado hacia una evidente tragedia a la que además coadyuban una serie de frases redundantes que cobijan la emoción con una especie de ritmo interior que acompasa y eleva el argumento.

Insistimos en la presencia que en tales relatos tienen ciertos personajes reales de la sociedad cordobesa, en un espectro que va desde el medio siglo XX hasta los primeros años del XXI; y a la vez en la cantidad de respuestas, muletillas y repeticiones o estribillos que, dentro de uno mismo, aparecen para hilvanar y compactar la emoción que se va acumulando. Por lo demás, el lenguaje destila una muy cuidada atención al léxico culto, casi preciosista, y a la perfección del transcurrir de la sintaxis, lo que no es obstáculo para que en los diálogos se refleje el eco popular y los abundantes coloquialismos y clichés expresivos de la gente corriente: *endilgo, trabucaba, cachuceos, sollar, frangollona...* Todo ello desemboca al fin en retazos de bellas y precisas



descripciones, en párrafos reflexivos y de honda palpitación del pensamiento, del que resultan a veces frases lapidarias difíciles de olvidar.

Aunque la mayoría de los textos son breves, la narración acaba siendo en muchos momentos puro lirismo, poesía tejida con el súbito comentario del narrador, y este juega a veces con un desenlace inverosímil (“En la muerte de Manolete”), o con la recreación de una anécdota ficticia (“La segunda oportunidad”), o con la pintura de la personalidad del torero “Guerrita” (“El reloj del club Guerrita”), al que trata ensimismado en “la atalaya de su soberbia y de su inteligencia práctica” y en cuyo argumento resplandecen inesperadas ironías, lo mismo que en otros hasta pueden oírse aclimatados refranes o incluso procaces tacos que encienden o relanzan la narración para mantener viva la atención del lector. Este ha de valorar todavía lo que en muchos casos serán también originales descripciones del paisaje (véase como ejemplo “El Perol”), leves toques de humor, respeto por las pronunciaciones propias del andaluz cordobés, testimonios de la afición por la caza o la montería (“Los viejos amigos”), y siempre, siempre, lo que va a ser marchamo de todo el libro, la defensa de los más arraigados valores tradicionales (amistad, dignidad, fuerza de la conversación o comunicación, indeclinable amor a la naturaleza...). Siendo un libro donde por añadidura se refuerza la potencia de la metáfora y la fluidez de la narración -que hasta impacta alguna vez al alojar olvidados arcaísmos-, lo más importante es que comporta una prosa tan particular y emotiva que acaba siendo excelsa poesía. Y esto es algo que incluso el autor reconoce al admitir -lo dijo públicamente en la presentación del libro en Córdoba el 5 de abril pasado- que “yo quería usar un lenguaje poético y transmitir un sentimiento”.